

NOVIEMBRE  
Planimaria a las 01:29 m.  
Cocimiento 70-14. 07:50 t.  
Cocimiento 75.- Bajamaras  
a las 07:47 m. y 08:05 t.  
Cero del sol. a las 0:33.-  
Ocaso: a las 4:52.  
5  
DOMINGO  
San Zacarías, prf. y  
Santa Isabel, y San  
Eusebio.

# LA ATALAYA

## DIARIO DE LA MAÑANA

AÑO I

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, VAD-RAS, 3

NÚMERO 305

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD, TELÉFONO 158, SANTANDER



### EL DIRECTOR Y REDACTORES DE ESTE PERIÓDICO

tristemente impresionados ante el luto general que en estos momentos cubre a Santander y su provincia, elevan preces al Todopoderoso por el alma de los muertos, y ruegan encarecidamente que con el mismo propósito se asocien á ellos todos sus amigos.

#### EL OBISPO DE SANTANDER

al clero y fieles de su amada diócesis.

Venerables hermanos y amados hijos:

Con el corazón oprimido de dolor me dirijo á vosotros con ánimo de consolaros y de buscar consuelo á nuestra común pena, que es inmensa.

Lo han visto nuestros ojos; pero la pluma no puede escribirlo. Una pirámide de fuego, que se elevaba sobre las más altas torres; un estruendo como de terremoto en que la tierra se abre, y densa nube de humo que esparsió en un radio de cinco kilómetros menuda lluvia de carbón de piedra, fueron las señales de la horrible catástrofe. El fuego de un buque que ardía, prendió ayer, á las cuatro y media de la tarde, en las cajas de dinamita de que era portador, y al impulso de la horrenda explosión, el buque saltó en mil pedazos, extendiendo la desolación y la muerte en nuestra ciudad predilecta.

En el muelle, en que poco antes multitud de personas de todas las clases sociales presenciaban las maniobras con que, bajo la dirección de las autoridades, se procuraba atajar el incendio, no se veía luego otra cosa que cadáveres mutilados; ni se oía más que los ayes lastimeros de multitud de heridos. No es posible todavía saber el número de víctimas, porque muchos han sido sepultados en el mar; pero según cálculos prudentes no bajarán de trescientos, ni de algunos cientos los heridos.—El luto ha penetrado en la mayor parte de las casas, y la consternación es general.

¿Quién ha tenido la culpa de este acontecimiento tristísimo, cuya memoria será perdurable? No es hora de entrar en averiguaciones, sino más bien de verter copiosas lágrimas y de orar; pero no será fuera de propósito advertir que la imprevisión y la codicia han podido tener no pequeña parte.

Las ideas naturalistas se van apoderando del espíritu de muchos; y no teniendo para nada en cuenta la dignidad del hombre ni la inmortalidad de su alma, parece que les importa poco que algunos pecarcan, con tal que pueda esperarse la vil ganancia de un puñado de oro. En esta ocasión, si alguno hubo culpable, ha pagado la pena de su culpa. Tengamos compasión también de ellos, y lloremos nuestros infortunios.

Lloremos por los muertos; pero lloremos principalmente por nuestros pecados; pues si el primer pecado fue el que armó el brazo de la ira de Dios y es el origen de todas las calamidades, ¿no serán los pecados propios la causa moral de nuestra presente tribulación? El Señor ha dicho que no caerá un cabello de nuestra cabeza sin la permisión de nuestro Padre celestial, y vendrá la muerte á segar nuestras vidas sin que sea ordenado por su adorable Providencia.—Justo es el Señor, y nada hace sin equidad y justicia; rectísimos son sus juicios, aunque impensables á la débil razón humana. Adoremos, pues, en silencio lo que no podemos comprender, y examinemos si las blasfemias y otros pecados

públicos que se consienten, ó los nuestros de que no nos hemos arrepentido, pueden haber provocado su justo enojo; y acaso entenderemos cómo la tribulación presente viene á ser mensajera de su justicia y de su misericordia.

De justicia, porque dando el premio á los que lo hayan merecido, nos sujeta á la prueba del dolor; de misericordia, porque purificándonos con las tribulaciones, nos dispone á su gracia y amistad.

Entremos, pues, en cuentas, amadísimos míos; y aceptando con humilde sumisión las adorables disposiciones del Altísimo, hagamos penitencia de nuestros pecados, considerando cuán fugaz es la vida terrena y cuán fácilmente se puede perder; y cuidemos de vivir de modo que, aunque la muerte venga de improviso, nos halle preparados para entrar en la vida eterna. A las lágrimas de la penitencia está prometido el divino consuelo; y, así consolados, podremos acercarnos llenos de confianza á los pies del Señor, para alcanzar con nuestras oraciones el eterno descanso de los que fallecieron en su amistad.

La oración por los muertos es lazo misterioso que nos une con ellos cuando están en el purgatorio. La oración del justo sube hasta el trono de Dios, y la misericordia descendiendo cual copioso rocío, que mitiga el ardor de la pena y abrevia el tiempo de la expiación. La oración es además el bálsamo que suaviza las penas del alma. El que ora inclina hacia sí la bondad del Señor, que ha prometido escuchar las preces del justo, y sacarle de la tribulación: el Señor le hace ver que la cruz es el camino del cielo y le da fuerza para llevarla hasta el fin.

Oremos, pues, amados míos: oremos; y á los pies de Jesús se unirán á las vuestras las preces que con vosotros y por vosotros ofrece vuestro Prelado: allí oiremos la voz de Dios; y renacerá en nosotros la dulce esperanza de días mejores: allí, descorriéndose el velo de nuestra tristeza, veremos la divina luz que nos muestra risueño el día de la eternidad; y, alentados por la voz del Padre que nos llama y nos guía, volveremos al trabajo para hacer en todo su santa voluntad.

Cuando hayan pasado estos primeros días de estupor, y vuestro espíritu recobre la calma, y se hayan reparado en la Catedral los desperfectos causados por la explosión, yo os invitaré á celebrar solemnes exequias por todos los fenecidos.

Entre tanto no dudéis que vuestro Prelado, como os he visitado para llorar con vosotros y llevaros sus débiles consuelos, así está siempre á vuestro lado, dispuesto á hacer en vuestro obsequio cuanto le sea posible para aliviar vuestras amarguras é infortunios. É implorar para todos la bendición de Dios, que ahora os da en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Santander 4 de Noviembre de 1893.

W. Santiago, Obispo de Santander.

Del «Boletín Eclesiástico» extraordinario.

### LA CATÁSTROFE DEL VIERNES

Bajo la terrible impresión todavía de la tremenda catástrofe que ha interrumpido con sangre, lágrimas y luto la vida tranquila de este desdichado pueblo; sin tener todavía ahuyentados, gastadas todas las fuerzas en estas luchas terribles sostenidas con la desgracia; sin tener todavía aliento para hacer un relato de la desdichada espantosa que nos ha sumido en dolor inmenso, no comparable con la más horrible de las que martiriza el ánimo, cojamos la pluma para intentar dar cuenta á los lectores, cumpliendo una misión nunca como ahora difícil y penosa, de los sucesos que harán recordar con espanto en muchos años esta fecha sangrienta del 3 de noviembre, que hasta anteayer era para los santanderinos fecha célebre que se conmemoraba con músicas y luces. Anteayer, lo confesamos: no podíamos, no podíamos buscar en los mayores esfuerzos un poco de sangre fría para hacer un relato de lo ocurrido.

Hoy, muy debilitado todavía nuestro espíritu, sufriendo, como todos los santanderinos, las consecuencias de la explosión del viernes, vamos á llenar el compromiso que hemos contraído con el público dando á luz sin el orden que se logra trabajando con la tranquilidad que ahora nos falta, cuantos datos hemos recogido en nuestras visitas á sitios donde jamás se nos olvidará que hemos estado.

#### El fuego

Anteayer tarde á las dos un aviso telefónico comunicó al principal la noticia de que el vapor «Cabo Machichaco», de la compañía Vasco-andaluz, estaba ardiendo, atracado á una de las machinas de Maliaño.

Recibido el aviso y propalada la desagradable nueva, acudieron á Maliaño cientos de personas y con ellas las autoridades con varios guardias municipales y de orden público.

#### El primer aviso

Como dos mil curiosos habría ya en los muelles de Maliaño cuando un grito aterrador llenó de espanto á la gente, haciéndola huir hacia el centro de la población. ¡El vapor incendiado, se dijo, está cargado de dinamita! ¡Cuánta desgracia se hubiera evitado si aquella voz se hubiese repetido, si aquel terror que se apoderó de todos los ánimos no se hubiese desvanecido al ver la confianza con que las autoridades se metían en el buque y paseaban en él dando órdenes, y al ver cómo los tripulantes del vapor, que podían estar bien enterados, se ocupaban en sacar de él mercancías y ropas, en descolgar los botes y salvar todo lo que fuera posible arrebatar á la destrucción que le amenazaba. Pero se veía que la cubierta del buque estaba llena de gente, de gente que debía saber lo que contenía el buque, pues nadie mejor que las autoridades y la tripulación habían de indagar si era ó no fundada la voz alarmante que asustó á los curiosos.

#### Sofocando el fuego

Se trabajó sin descanso para sofocar el fuego, y el incendio era presenciado por muy cerca de cuatro mil personas, que ocupaban los

muelles, todos los sitios próximos, las alturas desde donde se veía el terrible espectáculo, y los balcones y miradores de las hermosas casas de enfrente.

Había comenzado el fuego en la bodega de proa, en una bombona de ácido sulfúrico, que se quemó, propagándose las llamas á las materias de que estaba llena la bodega, fardos de papel, tablas y barricas vacías, todo lo cual se hallaba mezclado con mil cajas de dinamita, de á veinticinco kilogramos cada una.

El fuego se apoderó por completo de la proa, y cuando ya era inevitable el incendio total del buque, es decir, cuando ya no había remedio; se trató de echarle á pique, abriendo baquetes en los costados. Pasaba esto á las cinco próximamente de la tarde. Hallábase al rededor del buque un gánguil de las Obras del Puerto, el vapor auxiliar «Santander», que acu XIII, dió con muchos tripulantes del vapor «Alfonso» con los cuales iba el capitán del mismo buque, señor Jaureguizar, el capitán inspector de buque, vapores correos, señor Cimiano, y otras personas conocidas, empleados de la Compañía. Trasatlántica: este buque conducía dos b.c.m. a que se emplearon para arrojar agua, inutilmente. Y se hallaban también al rededor del buque incendiado algunos botes.

#### La explosión

En aquellas operaciones se estaba, trabajando multitud de personas en la extinción del incendio y dando oportunas órdenes las autoridades, cuando lo que al principio se había previsto, por esos avisos providenciales que anteceden á todos los grandes siniestros, sucedió, y sucedió como no se podía prever que pudiera ocurrir; pues no cabe en un cerebro la idea de una catástrofe tan espantosa, la idea de que en menos de un minuto, pueda producirse tanta mortandad, tantísima desgracia, hiriendo á toda una ciudad, llenándola de duelo y causándole estas pérdidas inapreciables de vidas junto á las cuales se ve la insignificancia de los mayores perjuicios materiales.

Aquel momento de la explosión no se puede narrar: nosotros no podemos. Además ¿quién se acuerda de lo que allí pasó entonces? Un estampido horrendo y una lluvia terrible de trozos enormes de hierro, de los pedazos que se hizo el buque; esta lluvia arrojada sobre una muchedumbre humana que ofrecía víctimas á cientos á los proyectiles que caían, y muchas personas muertas, destrozadas, y muchas más heridas, y muchísimas que huyen aterradas, ciegas, sin noción de lo que está sucediendo, como se corre cuando se nos viene encima la muerte. No hay frases para decir lo que fue aquello: todas las palabras demostrativas del horror se agotan al calificar esta catástrofe. Es una gran desdicha que dejó, á su paso destructor por este pueblo, aquello que antes dijimos, mucha sangre, muchas lágrimas, mucho luto, muchos huérfanos; muchos cientos de familias perdidas, lanzadas á la miseria; muchos cientos de cadáveres partidos y desgarrados, muchos cientos de vivos inutilizados. ¡Horroroso! ¡Horroroso! ¡Horroroso!

#### Detalles

Quiere el público detalles, y es preciso dárselos: quiere el público engolfarse en estas lecturas que cubren de lividez el rostro, que envuelven el ánimo como en una sábana de nieve, que hielan la sangre, según la gráfica expresión del vulgo, y es necesario violentarse, violentarse muchísimo para repetir aquí en estas cuartillas lo que quisieramos omitir para siempre, no volviendo la vista atrás, mirando

solo estas desgracias que tenemos ante los ojos, mirando también hacia aquellos sitios donde haya remedios, para pedirlos y aplicarlos al alivio de tantos dolores.

Alentaba ya la sumersión del buque, cuando estalló la caldera, y en seguida se produjo la explosión de la dinamita, y se elevó a una altura que no es fácil calcular, una inmensa columna de humo que envolvía muchos cuerpos humanos destruidos y todos los trozos del barco que al caer produjeron el terrible efecto, extendiéndose en su ida a tierra hasta más de diez kilómetros: un cascote llegó al Semáforo y otro hirió gravemente a un hombre en Peñacastillo.

Anclas, cadenas y ejes, todos los pedruzcos grandes y pesados fueron los que recorrieran mayores trayectorias, mientras los baos, cuadernas y otros hierros de diversas formas arrancados por la explosión de sus remaches, cayeron en la carretera paralela al muelle Maliaño, siendo los que más desgracias produjeron.

A la explosión siguió la caída sobre los lugares más próximos de una gran tromba de agua de millones de toneladas, que arrastró al retirarse a muchas de las personas que habían estado presenciando el incendio. Este agua avanzó a más de 600 metros tierra adentro, y ella fue, por haberse mezclado con la balsa del fondo, con la brea, la pintura, el carbón y otras materias que había en el barco, la que ennegreció los rostros y los vestidos de la mayor parte de las personas que se hallaban en el Muelle.

Los efectos más terribles de la explosión fueron esas desgracias personales que nunca se habrán llorado bastante; que en muchos años no dejarán de llorarse en tantas desventuradas familias. Pero otros hubo, no tan tremendos, que han llevado la miseria a muchos hogares donde quiso la suerte que no llegara el luto; que han agrandado hasta hacerla terriblemente abrumadora, y soportable solamente por quienes crean y esperan del cielo la recompensa de tan grandes sufrimientos, la pérdida de seres queridos, con cuyo apoyo se fue el bienestar para siempre.

El daño menor es el que han sufrido muchas de las casas de la población, en ninguna de las cuales han quedado sin deterioro todas las fachadas. Multitud de establecimientos, y de los más lujosos, han perdido puertas, cristales y buena cantidad de géneros; pero tampoco este mal es de los mayores. Todavía, en las pérdidas materiales, hay que contar perjuicios mayores: el incendio de aquellas magníficas casas de la calle de Méndez Núñez, que han quedado totalmente destruidas, a excepción de una, la primera, que ha sufrido grandes desperfectos. Posteriormente daremos cuenta más detallada de loe detrozos de que hemos tenido noticia.

Tres minutos después de haber ocurrido la explosión, del muelle de Maliaño habían desaparecido todas las personas que habían podido huir: en aquel sitio, encanagados, tendidos entre la balsa que cayó allí a establecer la dinamita, había cientos de cuerpos humanos, horriblemente mutilados casi todos, algunos con vida aún, lanzando desgarradores alaridos, y otros agonizando.

A uno nos acercamos, buscando con el ansia con que buscaban muchos en aquellos momentos de angustia, pasando de muerto en muerto; a uno nos acercamos, y recogimos de sus labios, al mirar su rostro ensangrentado, esta frase: ¡Madre, madre! las últimas palabras de un moribundo.

Quien no vio aquella planicie de Maliaño cubierta de cadáveres, no podrá nunca formarse idea de lo que ocurrió el viernes en este pueblo.

Todos los heridos que cayeron y no pudieron levantarse permanecieron largo rato tirados en el suelo, pues pocas personas se prestaban a auxiliar a éstos cuando iban de cadáver en cadáver con el sobresalto de hallar en alguno un ser querido: los únicos levantados inmediatamente fueron los que cayeron en tierra cerca de la plaza de Velarde, en la Ribera y en otros sitios inmediatos, todos los cuales fueron conducidos a la casa de socorro.

**En la Casa de socorro**

Tampoco hay modo de contar cómo estaba aquel establecimiento desde un cuarto de hora después de la explosión. Acudieron allí varios médicos, además de los municipales, y aun no siendo ellos solos quienes hacían curas, no era posible prestar asistencia a todos los heridos que allí eran conducidos.

Organizado en lo posible el servicio de traslación de heridos, utilizadas a este fin varias camillas y algunos cochés, fueron viniendo heridos a la Casa de socorro, pasando de noventa los curados en el transcurso de la noche, noche de terror, durante la cual sólo se vieron por las calles camillas con heridos, como durante el día de ayer se vieron sin cesar por todas las partes del pueblo ataúdes y cochés fúnebres.

En la Casa de socorro murieron tres ó cuatro personas, y otras llegaron sin vida, y allí estaban, en el suelo, por no haber donde colocarlos, ocupadas las camas por los heridos: allí estaban los cadáveres.

Los ayes de los infelices cuya situación trataban de aliviar los médicos aplicando les los remedios provisionales y más necesarios eran ahogados por la gritaría que había en la calle, donde se lamentaban a voces, y lloraban y se entregaban a los retorcimientos de la desesperación más imponente, multitud de personas que tenían parientes heridos ó muertos, que ignoraban el paradero de otros y querían a todo trance ver el rostro de los que dejaban. Todas las salas de la Casa se ocuparon y continuaban entrando heridos: tres, cuatro, cinco, diez entraron unos tras otros a regar con la san-

gre de sus heridas aquel suelo donde se mezcló la de tantos seres humanos. No se descansó allí en toda la noche, ni en toda la mañana siguiente, pues ayer se continuó asistiendo a heridos en la catástrofe del viernes, aunque casi todos eran leves.

Casi todos los heridos fueron trasladados al Hospital, en cuyas salas era ya difícil alojar a más, según vimos ayer en una larga visita que hicimos a aquel establecimiento.

**Los muertos**

Estos datos—¡aún incompletos!—que recogimos ayer acerca de las personas muertas en la catástrofe del viernes, hacían acordar, al trasladarlas de la cartería a las costillas, las lágrimas a nuestros ojos. No habrá lector de estas líneas que no derrame una lágrima y eleve una oración a Dios por estos desdichados. Se ve esta lista interminable y se duda de que sean todas estas las personas que han sucumbido por una explosión que duró segundos, por una imprudencia, por una imprevisión, por un exceso de confianza, quizás por la ofuscación que produciría a todos el incendio. Porque no se comprende bien el valor de las personas que permanecían en el buque sabiendo que debajo de aquella cubierta que recorrían, había mil cajas de dinamita, y cerca, muy cerca, en la proa del barco, un fuego formidable cuya propagación por todo el buque no se evitaba.

La lista a que aludimos, recogida en el cementerio de Ciriego, a donde llegaban ayer por hileras los carruajes con ataúdes, es la siguiente:

**LISTA**

de muertos identificados hasta la fecha y desaparecidos que se conocen.

D. Manuel Somaza de la Peña, Gobernador civil; Excmo. señor don Arturo Pombo, Marqués de Casa-Pombo; don Pedro Domeng, Comandante de Marina; don José González de la Rasilta, Comandante 2.º; don Ricardo Saenz Santa María, Ingeniero jefe de las Obras del Puerto; don Pedro Sans y Samá, Coronel del regimiento de Burgos; don Ruperto del Río, Fiscal de S. M.; don Antonio Echánove, Abogado fiscal de la Audiencia; don Aurelio Martínez Zorrilla, Diputado provincial; don Miguel Fernández Cavada, Juez municipal; don Francisco Jaureguizar, Capitán del vapor «Alfonso XIII»; don Norberto Iglesias, Oficial 1.º del mismo; don Francisco Cimiano, Capitán inspector de los vapores correos; don Luis Martínez Peñalver; don Julián Gurtubay, don José Fernández Casado; don Antonio Ontal; don José María Donesteve; don Alberto Córdoba; don Francisco Portilla Beraza; don José Vega; don Epifanio Alzueta y su hijo Ramón; don Francisco Díaz de la Espina; doña Juana Ceballos; don Manuel Suárez; don Eusebio Porres; don Toribio Dorado; don Ricardo Ferrer; doña Josefa Roldán; don Vicente Casado; don José María Rasilta; don Aquilino Cobo Guerra; don Ignacio Castillo; don Antonio Fernández; doña Elvira Martínez; don Pascual Antozanzas; (ó Manuel) don Enrique Suárez; doña Braulia Argos; don José Ruiz; don Faustino Herrera; doña María Cea; doña Julia Fuentecilla; don José Pérez; don Francisco Mitjans; don Nicanor Cantolla; doña Adela Rebolllar; don Cesáreo Agueda; don Santos Alsainz; don Luciano López; don Javier Pesado; don Genaro Gómez Cimiano; doña Manuela Lastra Gómez; don Valentín Rodríguez; don Agapito Granada; don Ramón Martín Lastra; doña Mercedes Espino Heras; don Jorge de la Peña Martínez; don Pedro Gómez González; don Victoriano San Vicente Navarro; doña Rosario Cagigal; don Agustín Obaya Vázquez; don Julio Chardón; don Manuel Cea Estébanez; don Marcelino Morán; don Angel Menocal Uriarte; don Cirilo Merino; don José Díaz Lanuza; don Joaquín Peña González; don Tomás Pérez Villa; don Santiago González; don Angel Pi Franco (ó Miguel); don Constantino de la Fuente; don Luis Hera; don Jose Elizalde Pablo; don Antonino Ramos; don Lorenzo Valez Garcia; don Ricardo Garcia y Garcia; don Mariano Ordoñez Montes; don Francisco Mirones; don Francisco Fuente Diego; doña Lucía Postigo; don Arturo González; doña Teresa Bárcena; doña Juana Valdivielso; don Manuel Olano; don Pedro Gómez; don Alejandro Sollet; doña Consuelo Cagigal y Cagigal don Bernardino Martínez; don Idefonso V. Rasilta; don Eleuterio Guilarte Pérez; don Ignacio Zaldivar y un hijo; don Juan Estrada; don Victoriano Valle; doña Valentina Peña; don Luis Boltizar; don Cándido Sevilla; don Vicente Corona; don José Fernández Zubillaga; don Juan N.; don Cesáreo Herrera; don Manuel Portilla, don Francisco Castillo; don Baldomero N.; don N. Tamayo, ordenanza del Coronel de Carabineros; don Jorge de la Peña; doña Mercedes Espino; don Ramón Martínez Lastra; doña Juana N. (sirvienta del señor Chardón); doña Ascensión Fernández, don N. Fuentecilla Cea; don José García Arriero; don Ramón Cagigal; don Ruperto González; doña Ascensión Martinena; don Ramón Gómez; don Sixto Tudela; don José Corral; don Victoriano Prieto; don Andrés Dou; doña Celsa Garcia; don Agustín Torres; don Avelino Moya; don Antonio González; don Bernardino Martínez; don Emilio Corpas; doña María Ezcurrea; don José Busta-

mante; don Silvestre Gómez; don Francisco Sánchez; don Clemente Villalobos; don Pio Martínez; don Pedro Gómez, portero del Ayuntamiento.

No se han podido identificar los cadáveres de nueve hombres, una mujer y dos niños.

**En el hospital**

Ayer mañana estuvimos en el hospital, donde presenciábamos escenas de dolor desgarradoras.

En el patio se habían colocado la mayor parte de los cadáveres, levantados del muelle y extraídos del agua, y allí estaban, tirados en dos filas, y en algunos sitios casi amontonados: estaban llenos de ellos el depósito y otro local inmediato, donde fueron colocados varios, y en el cual estaba el del coronel don Pedro Sanz y Samá, rodeado de individuos de su regimiento; estaban llenos de cadáveres estos locales y no se tardó en llenar aquel patio, no muy ancho ni a propósito para la exposición de los muertos.

La entrada a aquel lugar era libre, y desde primera hora de la mañana se llenó de gente. Algunas escenas tristísimas presenciábamos, y no fueron pocas las personas que derramaron allí lágrimas abundantes sobre los cadáveres de infortunados parientes ó amigos suyos. En aquel mismo sitio se iban encerrando en ataúdes los cuerpos a medida que se identificaban, y no se oía en aquella confusión de gente, en aquel patio tan estrecho, más argostio aún por la colocación en él de las dos filas de cadáveres, más que gritos, ayes, lamentos y el ruido de los martillos al clavar los ataúdes.

En el suelo, entre los muertos identificables, había cadáveres magullados, sin cabeza algunos, otros con la cara destrozada: a quién le faltaba un brazo; a quién una pierna; a quién parte del cuerpo. Tres empleados del Juzgado trabajaban, como el juez, señor Guerra, sin descansar un minuto para conseguir la identificación de los cadáveres. Uno de estos empleados—doloroso detalle—apuntó entre los nombres de los primeros cadáveres identificados el de su hermano. Jóvenes vestidos con elegancia, señoras con guantes, pobres obreros de blusa, mujeres de vestidos remendados, todo se confundía en el suelo de aquel patio, donde sólo por cumplir nuestro deber permanecimos demasiado tiempo.

Según una nota que tomamos de prisa para marcharnos de allí cuanto antes, en el patio del hospital había ayer mañana 113 cadáveres, 79 hombres, 25 mujeres y 9 niños. Este número, mermado a cada momento por la salida de ataúdes para el cementerio, no disminuyó mucho en algunas horas, porque seguían trayendo cadáveres de Maliaño extraídos del agua, donde todavía debían quedar algunos.

**LISTA**

de los heridos que había ayer mañana en el Hospital

Francisco Arroyos, trabajador; herido en un brazo.  
 José Martínez, de ocho años, huérfano de padre; herido en la cabeza.  
 Domingo Arizmendi Diez, obrero; fractura de una pierna.  
 Sotero Román Alvarez, ex-argento; herido en las costillas y en una pierna.  
 León Iztieta, carabinero; fractura de una pierna.  
 Andrés Caseros, de 14 años; herido en una pierna.  
 Mateo Fernández, de León, trabajador, que iba en el tren de Solares en el momento de la explosión; se hirió en la cabeza.  
 Samuel Ortiz, de once años; herido en un pie.  
 Justo Anieva, maquinista del «Cabo Machichaco», de Bibao; herido en un brazo. Este nos dijo que el fuego comenzó por la bodega, y que no sabía que hubiera dinamita en el buque, pues si lo hubiera sabido se hubiera marchado de él.  
 Santiago Bazanilla Martínez, carretero; sufre una herida en la pierna izquierda y una gran contusión en las costillas. A este herido le cogió a bordo del «Cabo Machichaco» la explosión, dándole un golpe en plancha, llena de carbón, que le arrojó al agua. Después subió al buque y se mantuvo largo tiempo agarrado a unas maderas, entre varios cadáveres.  
 En otra cama próxima había un herido cuyo nombre no averiguamos por hallarse dormido. Tenía en la cabeza varias heridas.  
 Enrique Salvador, tenor cómico; herido en la cabeza.  
 Evaristo Bedia; herido en un brazo.  
 Evaristo Rodríguez Vela; heridas en la cabeza y en una mano.  
 Juan Franco Maza; fractura de la pierna derecha.  
 Antonio Duallo, guardia municipal; herido en la cabeza, en las costillas y en una pierna.  
 Argemiro Llaca, hojalatero; herido en una mano.  
 Constantino Torre, tripulante del vapor «Cabo Machichaco», donde era segundo cocinero; herido en una pierna.  
 Esteban Pascual, guardia municipal; herido en la pierna izquierda.  
 Lorenzo Rozas, guardia municipal; sufre heridas en las costillas. Este guardia se echó al suelo, y pasó sobre él un carro, a cuyo eje se agarró, levantando la rueda para que no le hiriese. Salvó la vida milagrosamente.  
 Antonio Rodríguez, guardia civil, de la Coruña; herido en una mano y en la cabeza.  
 Saturnino García, obrero de la fábrica del gas; herido en las rodillas.  
 Adolfo García, pescador; recibió un fuer-

te golpe en un costado, sufriendo una contusión.

Domingo Omeñaca, marmitón del vapor, de once años; herido en la cabeza.

Fructuoso González Revilla, primer teniente de infantería del regimiento de Burgos; herido en una pierna, en la cabeza y en un brazo.

Mariano Doyan, cabo de mar de la comandancia; dislocación de un brazo y herida en la cabeza. Estaba en uno de los albiges que se fueron a pique.

Victor N., de ocho años; estaba dormido; heridas y contusiones.  
 Francisco Blanco; herido en la pierna izquierda. Se quedó dentro del barco, de donde le sacaron con unos puntales desde el muelle. Sufrió mucho al ver que no podía moverse y que el barco se iba a pique.

En la cama 25 había un herido dormido. Tiene heridas en la cara.

Juan López Prieto, cabo de la guardia civil; un cascote le hirió en una pierna cuando fue a auxiliar, en la pescadería, a una pobre señora que cayó a su lado muerta.

Valentín Romeral, trabajador; contusión en los riñones.

José Santamaría, marinero; fractura de una pierna.

Estanislao Hidalgo, sastre; heridas en la cabeza y en el pecho. Es cojo, y un cascote le llevó la pierna de palo.

Jacinto Cano, guardia municipal, que estaba en el vapor; heridas en la cabeza y en el pecho.

Escolástico Iturralde Iturralde, marinero, estaba en el vapor; una herida en una mano.  
 Balbino Bartolomé, trabajador del muelle; herida en el pecho, con fractura del homoplato.

Porfirio Pérez, barrendero, herido en la calle de Méndez Núñez; fractura de un brazo.

Todos estos heridos estaban en la sala de San Emeterio.

En la sala de médicos estaban los siguientes, algunos de ellos en colchones, en el suelo, por no haber camas:

Un niño, con heridas en la cabeza; estaba dormido y en grave estado.

Marcelino Romay, jefe de la guardia municipal; heridas y fractura en la pierna derecha.

Lorenzo Prieto Martínez, marinero; de una herida en un tobillo y otra en los glúteos.

Agustín Iglesias, marinero, de Vizcaya; herido en una pierna.

En la primera sala del segundo piso estaban:

N. Calderón, carretero; herido en la cabeza y en una pierna.

En la sala de militares:

Sargento Emilio Alonso, del regimiento de reserva; herida en la cabeza.

Cabo Evan, del mismo regimiento; de contusiones.

En la sala de San Rafael había los siguientes heridos:

Telesforo Menocal, carretero; herido en un brazo y en una pierna.

Mariano Nogales, herido en un pie.

Una mujer, en la cama número 6, estaba dormida. Tenía el rostro desfigurado.

Pedro González, carretero; herido en la cabeza, en una pierna y en un brazo.

Francisco Rodríguez Gutiérrez, trabajador; herido en la pierna izquierda.

En el número 10, un herido dormido.

Santos Gutiérrez, de San Miguel de Aguayo; herido en la pierna derecha.

José María Pérez, de Galicia, marinero del vapor; varias heridas. Sabía que en el vapor había dinamita, que se cargó en Bibao.

Ruperto González, de 10 años; fractura de un brazo.

Andrés Blanco; herido en una ingle.

Antonio Villarme, peón; de una herida en una pierna; estaba junto a la casa del señor Gallo, en la calle de Méndez Núñez.

José Sanchez, carpintero; fractura de un brazo.

Rufina Gautier; varias heridas: es viuda y tiene tres hijos; sufría mucho.

Polonia Seisdedos, de Suances, criada de don Justo Díaz; perdió un brazo.

Aurelia Cabadas, de Solares, cocinera de doña Justa Sans, rotura de un brazo.

María Sarasola, vendedora; fractura de un brazo.

María Martínez Alfonso, de Salamanca; fractura de un brazo. Esta mujer es esposa del carabinero Agustín Alfonso Sánchez.

Manuela Uribieta, de 12 años; herida en una rodilla.

Cecilia San Emeterio; fractura de una pierna y heridas en una mano.

Cármel Cargas, mujer del panadero Luis García; sufrió un brazo.

María Suárez, viuda, con 5 hijos; fractura de un brazo.

Joaquina Mazas, panadera; herida en la cabeza.

En la sala de Nuestra Señora de los Dolores había estas heridas:

Estefana Lafuente, carguera; herida en un brazo.

María Cubas, de Bárcena de Cicero; fractura de la pierna derecha. Esta mujer es criada de Lucía Pozos. No sabe qué ha sido de su madre.

Antonia Romero, cigarrera, casada, esposa de Gregorio San Emeterio; fractura de las dos piernas.

**Más heridos**

Además de los heridos que se hallan en el hospital, se puede calcular que hay cerca de mil en sus casas respectivas: algunos de éstos se hallan graves.

Don Francisco Pedraja sufre una herida de consideración en la cabeza.

El joven Casimiro Solano sufre otra herida de gravedad.

El jefe del centro de telégrafos, don Pedro Rivera, herido en la cabeza.

El jefe de la estación del Norte, don Bernardo Vallín, se halla herido en la cabeza.

El alcalde, señor Lavín, herido también en la cabeza. Su señora esposa también sufrió una herida en una pierna.

Don Ramón Revilla y don José Martínez Vélez, heridos en la cabeza.

Don Vicente Segura fractura de una tibia.

Don Aristides Pardo, contusión en una pierna.

Doña Francisca Segura, tiple; herida en el cuello.

Eustasio González, guardia de orden público; leve.

Luis Vitorero, agente interino de vigilancia; heridas en dos piernas.

Carlos Conill, guardia de orden público; heridas leves.

Don Aniano Grijalbo, fractura de una pierna y un brazo.

Agente Francisco Llorens; contusiones.

Don Elías Roura, inspector; contusiones.

Varios otros guardias de vigilancia; heridos leves.

Pío Santamaría, guardia; herida en la cabeza.

Luis Agües, guardia; herida leve.

Don Feliciano Salagaray, contusiones en la pierna derecha.

Doña Petra de los Ojos, esposa del inspector señor Roura; contusiones.

Don Maximino Catalán; en la cabeza.

Don Carlos Hoppe; contusión.

Señorita Clotilde de Iturriga Redón; herida grave en la cabeza.

Don José Resines; herido en un brazo.

Un hijo de don Federico Soto; herido en un brazo.

Un hijo de don Antonio Quesada; herido en la cabeza.

Don Miguel Marcén; herido en una mano.

Cuatro individuos del regimiento de reserva; entre ellos el comandante Suances y el capitán Cano; heridos leves.

Don Ricardo Guerrero; muchas heridas leves.

Don Jesús Tagle; heridas leves.

Don Gregorio Mazarrasa; id. id.

Don Julián Fresno, heridas de consideración en diversas partes del cuerpo.

Don Tomás Ortiz de la Torre; heridas, con fractura, en una pierna, que le fue amputada.

Don Camilo Gómez, dependiente, herida en la cabeza.

Don Francisco Ruiz; varias heridas.

Señor Campos Guereta; heridas en las piernas.

Un hijo de don Valentín Bolado; herida con fractura en una pierna, que le fue amputada. De la otra pierna estaba inútil.

Don Cándido Ruiz; herida en un brazo y en una pierna.

Don Paulino Busch, herida grave en la cabeza.

Don Aurelio López Vidaur; pérdida de un ojo.

Don Alejandro Martín, juez de instrucción; se halla herido levemente.

Un individuo que fue arrojado a gran altura y al caer se agarró a los alambres del teléfono resultó con heridas en las manos.

Hay muchísimos más heridos, cuyos nombres no hemos podido averiguar por falta absoluta de tiempo.

**Por los centros oficiales**

En el gobierno civil, además de la muerte del señor gobernador, hay que lamentar otras desgracias, heridas graves y leves: de casi todas damos cuenta al hablar de los heridos. En el cuerpo de vigilancia ha habido muchas bajas. El cabo Silvestre López, como ya decimos en otra lugar, ha desaparecido.

De la comandancia de marina han perecido, cumpliendo con los deberes de su cargo, el señor comandante de marina, el segundo comandante y el ayudante de la misma. Además se hallaban a bordo dos cabos de matrícula, de los que falleció uno y resultó el otro herido. También han perecido allí, víctimas de su celo, tres prácticos del puerto, y otros tres han sido heridos.

De modo que en aquella dependencia sólo han quedado ilesos un cabo de matrícula y el escribiente.

En el Ayuntamiento hay mucho que lamentar: además de las heridas sufridas por los señores Lavín, Fresno, Ortiz de la Torre y don Antonio Pérez del Molino varios heridos en la cabeza; ha desaparecido el portero Pedro Gómez, han sufrido heridas el señor Vidaur y otros empleados, han muerto dos guardias, como se verá en otro lugar, han resultado heridos otros, entre ellos el jefe, señor Romay, y han desaparecido varios bomberos.

Del Juzgado ha sufrido heridas el juez señor Martín, y ha desaparecido el juez municipal, señor Cavada.

En el personal de la Audiencia han ocurrido desgracias grandes. Lo puede ver el lector en la lista de muertos.

**El incendio**

Llevado el fuego a las casas que había en frente del muelle de Maliaño por la explosión de la dinamita, no tardó en producirse, abandonada como estaba toda aquella parte de la ciudad, un terrible incendio. Pero de esto nadie podía hacer caso en momentos de espanto tan grande, y se dejó que las casas ardieran.

El fuego debió de comenzar en una de las casas de la parte Sur de la calle de Méndez Núñez, y se propagó rápidamente a las demás: a las diez de la noche ardía toda aquella manzana y se había comunicado el fuego a las casas de enfrente.

No hace falta decir cual era el espanto;

el temor de los vecinos de la calle de Méndez Núñez. A pesar de hallarse un bajo la impresión de la tremenda catástrofe, y heridos algunos, los inquilinos de aquellas casas se apresuraron a sacar los muebles que pudieron salvar de los muchos buenos y caros que había en las habitaciones de esa calle.

Una vez salvado lo que más valía, la mayor parte de los vecinos huyeron, quedando sólo criadas para guardar los muebles, que fueron colocados donde se pudo, en medio de la calle, en la Estación del Norte y en otros muchos sitios.

El terrible incendio produjo también heridos, leves casi todos, y contusos. También se decía que había perecido una persona; pero no se confirmó esta noticia.

Durante toda la noche de anteaer y durante todo el día de ayer el fuego destruyó las de la calle de Méndez Núñez desde el número 5 al 17 y desde el 8 al 20.

Las casas números 1 y 3 quedaron completamente destruidas por la explosión. En los bajos de todas estas casas estaban almacenadas grandes cantidades de géneros coloniales, por valor de más de 200.000 pesetas.

De todas las casas de la calle de Castilla sólo quedan pedazos de las fachadas y montones de escombros. De la casa audier queda sólo un poco de pared que amenaza venirse abajo.

El fuego, nuestro enemigo de toda la vida, ese elemento destructor que ha destruido en Santander tantos edificios, y que también ha cortado muchas vidas, ha podido esta vez apoderarse de buen espacio donde realizar libremente su obra devoradora. Ni una gota de agua evaporaron aquellas llamas durante la noche de anteaer, noche terrible, la más espantosa que se recordará en ningún pueblo; noche que todo Santander empleó en llorar y en dolerse de la desdicha; noche en que iban gentes desoladas buscando los restos de seres queridos por aquel suelo cenegoso, cubierto de cadáveres, al alumbrar siniestro de la inmensa hoguera.

Los vecinos de Santander, tan alarmados siempre que se oye en la población la señal de fuego, no se daban anteaer cuenta de la magnitud del segundo suceso espantoso del día 3 de noviembre. Y multitud de familias se vieron en gravísimo peligro sin que nadie acudiera en su auxilio, y edificios de los mejores de la ciudad han quedado hechos cenizas.

En el depósito administrativo municipal, destruido por el fuego, se han perdido géneros en cantidad considerable, y cuyo valor asciende a muchos miles de pesetas. En todos los establecimientos de la calle de Méndez Núñez las pérdidas han sido tales, que algunas personas conocidas y que disfrutaban de relativo bienestar, quedarán en mala situación por la pérdida de gran parte de su fortuna. Respetables y antiguas casas de comercio sentirán el efecto desastroso de estos enormes perjuicios, que arruinarán a más de cuatro industriales montañeses.

Si difícilísima fue la situación creada por la explosión de dinamita en los primeros momentos en que no había en Santander autoridades que mandaran ni medios de prestar inmediatamente todos los auxilios que se necesitaban; difícilísima fue también la que creó el incendio, que el alcalde, herido, y el señor gobernador interino, don Federico Ortega de la Parra, no podían combatir por ningún modo.

El señor Ortega de la Parra trabajó ayer, en verdad, mucho más de lo que pudo; pero el sacrificio propio chocaba con los obstáculos insuperables que se oponían a la acción de la autoridad. Nadie quería ir a apagar el incendio, y las llamas concluyeron con tantas casas.

El señor Ortega, en vista de que no había gente en Santander que se prestase a trabajar en el incendio, después de haber puesto un telegrama extenso al señor ministro de la Gobernación dándole cuenta de lo que aquí ocurría—telegrama puesto en Bº para que fuese desde allí a la corte, con la cual no había comunicación desde Santander por haber producido la explosión la rotura de la línea—telegrafió a los alcaldes de varios ayuntamientos de la provincia, desde Reinosa a Santander, para que mandasen inmediatamente hombres y el material de incendios de que se pudiera disponer con el fin de combatir el fuego.

Por la noche acudieron a Santander, por la línea del Norte, algunos hombres de diversos pueblos, que se pusieron a las órdenes del señor Ortega. Ayer tarde trab jaon mucho estos hombres, que fueron reforzados con gente llegada de Torrelavega en el tren correo de ayer tarde.

Por la tarde, y cumpliendo órdenes del señor ministro de la Gobernación, llegaron en el tren correo fuerzas de la guardia civil, una sección, de 64 individuos, 24 de Palencia, 6 de Calabazanos, 6 de Herrera, 6 de Aguilar y 2 de caballería de la sección de Palencia. Vienen mandados por el comandante don Julián Fernández Ortiz.—Entre los cabos vino un veterano llamado Graciliano Sánchez Terco, que en años anteriores estuvo haciendo servicio en el incendio del Banco de Santander.—Con esta guardia civil llegaron, procedentes de Valladolid, dos bombas de incendios de vapor y cuatro bombas de mano, las cuales se llevaron en seguida al lugar del siniestro y comenzaron a funcionar con agua del mar. También llegaron en el correo el alcalde de Reinosa con algunos bomberos, los cuales se pusieron a trabajar con brío. Anoche a última hora estaba en el incendio trabajando activamente el señor Ortega de la Parra, la guardia civil, hombres de Camargo y de Reinosa y los tripulantes del vapor «Catalina».

El fuego continuaba consumiendo rápidamente los restos de los edificios. Continúan ardiendo anoche en toda su extensión los almacenes de tabacos de la Compañía Arrendataria; el almacén de carbón contiguo a los de la Arrendataria, propiedad del señor Mazarrasa; toda la manzana en la cual está instalada la Audiencia; la calle de Méndez Núñez N. y SO. está completamente destruíta.

Se han incendiado: la casa que ocupaba el colegio de la Divina Pastora, la iglesia del barrio de Maliaño, la casa y almacén del depósito de tabacos, el almacén de la Compañía Singer, todo de piedra de sillería y propiedad de D. Leopoldo Pardo García. Median unos 14.000 pies cuadrados de construcción.

También ha sido pasto de las llamas la Audiencia de lo criminal, propiedad también del señor Pardo. Media unos 5.000 pies cuadrados de construcción.

**El señor Obispo**  
Impresionado el exco entísimo e ilustrísimo señor Obispo de la diócesis con la catástrofe de que eran víctimas muchos de sus amados diocesanos, recorrió la mayor parte de la ciudad, dejando entre los moribundos los consuelos de la Religión y reanimando con su presencia y sabias exhortaciones el abatido espíritu de los que sobrevivían.

En el lugar del suceso le vimos auxiliar enfermos, y de la casa de socorro y del hospital de San Rafael se retiró a altas horas de la noche, acompañado de su secretario el señor Rodríguez Casanueva, que regresó más tarde al lado de los espirantes, para quienes, por su número, eran insuficientes los dos capellanes del hospital.

El señor Obispo ofreció su palacio para hospital, y a él fueron conducidos algunos heridos, entre los que se encuentra el joven José Toraya, a quien acompañaron del brazo los familiares de S. E. I., hallándose hoy este enfermo algo más aliviado.

**Las autoridades.—El Gobierno**  
Las pocas autoridades que quedan trabajan ayer y anteaer muchísimo. El señor Ortiz de la Parra trató varias veces de conferenciar ayer con el ministro, no consiguiéndolo por el estado de la línea.

En la estación del Norte, en una sala de espera, se instaló un aparato telegráfico para el público, por no funcionar los que hay en la estación.  
Por la mañana recibió el señor Ortega los siguientes despachos:

REINOSA 4—12 t.

Por la noche se recibieron los siguientes despachos:  
Alcalde accidental a Gobernador:  
«Sale para esa en tren correo Alcalde, un concejal 316 peones, llevando bomba incendios.»

REINOSA 3—8.30 n.

Alcalde a Gobernador:  
Recibí su telegrama de V. S. cumplimentada orden envío Guardia-civil.

REINOSA 4.—11.35

Jefe reparaciones de telégrafos a Gobernador civil:  
«Visto no puede funcionar desde Torrelavega pedi uamamáquina y salí para esta, conferencí en este momento con el señor ministro Gobernación dando detalles y me dice van en correo Valladolid tropa y guardia civil con material de incendios y que dé orden salga otra batería de artillería. Deseaba comunicar con V. S. y le he dicho no tenemos más comunicación que por ferrocarril, y esto en no muy buen estado. Deseaba señor ministro me diga V. S. socorros más necesarios para enviarseles así como le di cuenta detalle le sean posible y trate puntualizar número muertos y heridos.»

MADRID 4—5.30 t.

«Telegramas puede V. S. enviarlos por tren correo ó por línea ferrocarril si es posible yo les daré curso inmediatamente.»  
Subsecretario Gobernación a Gobernador:  
«En tren correo de esta tarde saldrá para esa el señor Ministro con ambulancia y material Cruz Roja y recursos.»

MADRID 4—2.30 t.

Subsecretario Gobernación a Gobernador:  
«El señor Ministro de la Gobernación ha suspendido el viaje a Santander irá en representación de Gobierno el señor ministro de Hacienda que saldrá en el tren de las siete.»

**En el ayuntamiento**

En el despacho de la alcaldía se celebró ayer tarde una reunión de capitalistas y concejales para ponerse de acuerdo sobre las medidas que convenga adoptar en los momentos presentes.

Los vecinos capitalistas se mostraron conformes con encabezar una suscripción para socorrer a las víctimas.

Reunido después el ayuntamiento en sesión, se acordó no deliberar sobre ningún asunto que no se refiriese a la catástrofe del viernes.

Se tomaron los siguientes acuerdos:  
Abrir una suscripción para allegar fondos con que socorrer a las víctimas y a sus familias.

Dirigir una alocución al vecindario para que se tranquilice (el bando que aparece en otro lugar de este número) dándole cuenta de las medidas que ha adoptado el Gobierno.

Pedir también a la Diputación algún auxilio.

Dar las gracias a los ayuntamientos de Valdiguña, Piélagos, Reinosa y Torrelavega por haber enviado hombres para ayudar a sofocar el incendio, haciendo constar en acta el agradecimiento del municipio.

**Otras noticias**

Según datos particulares, pero dignos del mayor crédito, la cantidad de dinamita que contenía el buque que ha volado ascendía a la de 1.000 cajas, pesando ó conteniendo cada una de éstas 35 kilogramos de aquel terrible explosivo.

—El señor presidente de la Diputación provincial dirigió con fecha de ayer un telegrama al diputado a Cortes excelentísimo señor don Manuel de Eguilior, suplicándole con el encarecimiento propio de las actuales circunstancias por que atravesamos, que uniéndose a todos los demás representantes en Cortes por esta provincia, procuran recabar del excelentísimo señor ministro de la Gobernación el más pronto y eficaz auxilio para las casi innumerables víctimas del horroroso cataclismo que ocupa nuestra atención.

Tenemos entendido que en el referido telegrama se indicaba la conveniencia de que se personara en esta ciudad el mismo señor ministro.

Con grande satisfacción hemos recibido esta noticia, y de esperar es que cuantos lleguen a conocerla la aplaudan con el entusiasmo que se merece.

Una conocida persona de esta ciudad, cuyo nombre se nos suplica que no se dé a la publicidad, se distinguió en las primeras horas de anteaer, a raíz de ocurrir la desgracia que lamentamos, en suplir en las primeras curas las deficiencias de asistencia facultativa para los heridos, deficiencia que, como todos saben, fue debida, no a falta de celo de los médicos de esta capital, pues que todos ellos (los sanos), sin excluir a ninguno, se han portado de una manera superior a toda buena ponderación, sino porque los esfuerzos de nuestros médicos, aunque hubieran sido éstos muchos más, no eran suficientes para atender a tantos y tantos heridos como pedían el socorro de la medicina.

Este y otros muchos rasgos de verdadera caridad podíamos citar; pero la sola indicación del relato bastará a nuestros lectores de fuera de la capital para formarse una idea, siempre pequeñísima, no sólo de la importancia de la desgracia, sino también de que en Santander se sabe hacer verdadera caridad, definida como queda con hechos coherentes y posteriores a su ejecución.

Por nuestra parte, enviamos a la persona a que nos referimos la expresión de nuestro más profundo agradecimiento, y sentimos muy de veras no poder publicar su nombre.

Los guardias civiles llegados ayer fueron alojados en la cuesta del Hospital, números 2 y 3.

—Los señores Lanza y Varona (que ayer asistieron a la sesión) se quedaron anoche de guardia en el ayuntamiento.

—En la Maguajena, según se nos dijo, apareció ayer un cadáver de una de las víctimas de la explosión.

—Hoy continuarán los trabajos para la extracción de los cadáveres que deben de quedar en el agua.

—El buque con bandera roja que alarmó ayer a muchas personas y que estaba en la quinta machina de Maliaño, no tiene aquella bandera porque trajera dinamita, como nos dijeron en la Comandancia de Marina, si no porque es de la matrícula de Cádiz.

—Ayer fueron conducidos al cementerio, con numeroso acompañamiento, los cadáveres del segundo comandante de Marina, señor Rasilla, de don José del Valle, de don Julián Gurtubay, de don José Bustamante y de otras personas víctimas de la catástrofe del viernes.

—Se ha extraviado un niño de ocho años, de ojos negros, llamado José Méndez López. Su familia desea saber si vive y dónde se halla.

—También falta un hijo de don Venancio Valderrama, de seis meses, que al caer herido la doncella que le conducía, dice ésta que se le recogieron. El niño vestía una talmita de piqué blanco, y su cabeza estaba cubierta con una capota «monjita».

—El cadáver de don José María Dones-teve tenía una cartera con dos cédulas personales y siete billetes de 25 pesetas. Todo esto, recogido por don Angel González, empleado de las oficinas de las cédulas personales, que lo tienen a disposición de su familia.

Entrega hecha por el guardia Cándido Aedo, recogido de un muerto en la noche de ayer en Maliaño:  
Un par de lentes negros, un reloj de oro, dos monedas de 5 duros, dos idem de dos, 25 pesetas en plata, una cadena negra tejida, una limpia dientes y dos llaves de reloj.

Pertenecientes a otro, una peseta en plata, 25 céntimos en cobre, una leontina en tres pedazos y un portaplumas de acero.

En el Astillero, en Laredo y otros puntos se oyó la explosión.

**Destrozos**

Son innumerables los destrozos causados por la explosión en las casas de la ciudad. En toda ella no han quedado apenas cristales. Las calles están cubiertas de vidrios rotos.

—La estación del Norte ha sufrido grandes deterioros. El edificio se ha resentido.

En el Hospital cayó otro trozo de cielo raso.

—De la red telefónica no ha quedado un solo hilo. La luz eléctrica no ha sufrido tanto desperfectos.

—En la Catedral ha habido grandes destrozos. Se hallan cubiertos sus claustros y jardines de pedazos de bagras. Por fortuna, sólo se encontraban en la iglesia cuatro

sacerdotes y algunos fieles confesándose, y todos salieron ilesos.

—En la plazuela de la Puatida cayeron grandes masas de hierro, rompiendo algunos pedazos las puertas de la iglesia del Sagrado Corazón y abriendo varias brechas en el tejado de la casa del señor Pellón, sin que causaran desgracias personales en aquellas inmediaciones.

—Se nos dice que ha desaparecido uno de los hijos de don Fernando del Río.

—También se nos dice que anoche falleció el concejal señor Ortiz de la Torre.—R. I. P.

—Otro herido: a don Florentino Obregón se le amputó una pierna.

Don Agustín Pérez ha entregado en nuestra Redacción un bastón negro con puño de plata, marcado con las iniciales M. D. hallado en el Muelle de Maliaño el día 3, después de ocurrida la catástrofe.

El interesado puede pasar a recogerle en la Administración de este periódico.

**AL VECINDARIO**

Después de la hecatombe de ayer, de esa espantosa catástrofe que nadie sabrá contar, es necesario buscar fuerzas para sufrirla y hallar ánimos bastantes para no aumentar el infortunio.

Terrible éste, el más terrible que puede afligir a un pueblo, aún más horrible que la guerra, la peste y la inundación. ¿Que será del Santander que ha sobrevivido, de los que quedamos para llorar tantas desdichas, si no nos sobreponemos a ese estupor que nos enerva y aniquila, y si fiados en la misericordia infinita no nos apresuramos a salvarnos como hombres valerosos.

Desgraciadamente, ya no hay que temer nada en lo humano, después de este tremendo desastre que nos ha sorprendido; no nos amenaza ya ningún peligro que no sea el de nuestra propia debilidad; y a confortarnos, a sostenernos, han venido ya la caridad, la simpatía, el cariño de nuestros comprovincianos y compatriotas, que lloran con nosotros y esperan además, de nosotros, esos milagros que logran en los días de prueba los pueblos que confían en Dios y tienen fe en su propia fortaleza.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

«Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la Nación comienza a ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre a los hombres y a los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados a rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos a contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y las fuentes inagotables de nuestra caridad!»—El Alcalde, *Fernando Lavín Casalis*.

Ha reinado entre los concurrentes un entusiasmo indecible.

# EL SEÑOR DON ARTURO POMBO VILLAMERIEL

Marqués de Casa-Pombo; Exsenador del Reino; Expresidente de la Exoma. Diputación Provincial

FALLECIÓ EL DÍA 3 DEL ACTUAL A LAS CINCO DE LA TARDE

Su desconsolada esposa, hijos, madre política, hermanos, hermanos políticos, tios, primos, sobrinos y demás parientes

Suplican á sus numerosos amigos se sirvan encomendarle á Dios en sus oraciones y asistir á la conducción del cadáver que tendrá lugar hoy domingo, 5 del actual, á las once de la mañana desde su casa Vad-Ros, 3, al cementerio de Ciriego, y á los funerales el lunes, 6, á las diez y media de la mañana en la parroquia de Santa Lucía, por cuyo favor viviran reconocidos.

El duelo recibe en la casa mortuoria y despide en la Iglesia

Santander 4 de Noviembre de 1893.

SUPLICA EL COCHE



EL SEÑOR

# D. Antonio F. de Echánove y Arcocha

ABOGADO FISCAL DE ESTA AUDIENCIA HA FALLECIDO

Su desconsolado padre, abuela, hermanos, hermanos políticos, sobrinos, hijos y demás parientes

Suplican á sus amigos se sirvan encomendarle á Dios en sus oraciones y asistir á la conducción del cadáver que tendrá lugar á las cuatro y media de la tarde de hoy, desde la casa mortuoria, Santa Clara, 3, al sitio de costumbre.

Se suplica el coche.

NO SE REPARTEN ESQUELAS.



EL SEÑOR

# Don Faustino Joaquín Fernández

REGATILLO GARCIA

Falleció ayer á las once y media de la mañana á la edad de 16 años

R. I. P.

Sus padres don Simón y doña Candelaria, hermanos Ramón, Juan, Máximo y Adela, tios primos y demás parientes

Suplican á sus amigos se sirvan encomendar su alma á Dios y asistir á la conducción del cadáver que tendrá lugar hoy, á las tres de la tarde, desde la casa mortuoria, calle de Atarazanas, número 10, 3.º, derecha al sitio de costumbre y á los funerales que por el eterno descanso de su alma se celebrarán el lunes 6 del corriente en la iglesia del Santísimo Cristo, á las diez de la mañana, por cuyo favor viviran agradecidos.

El duelo se recibe en la casa mortuoria y se despide en la iglesia,

Santander 5 de noviembre de 1893.

No se reparten esquelas.



EL JOVEN

# D. RAMÓN DE LA LASTRA Y MORALES

falleció en la tarde del día 3

Á LA EDAD DE 16 AÑOS

R. I. P.

SU DESCONSOLADA MADRE DOÑA MERCEDES MORALES, VIUDA DE LASTRA, Y HERMANOS, SUS TIOS, PRIMOS Y DEMÁS PARIENTES

Suplican á sus amigos se sirvan encomendarle á Dios, y asistir á la conducción del cadáver, que tendrá lugar hoy domingo, á las once de la mañana, desde la calle de la Blanca, núm. 11, al sitio de costumbre, por lo que quedarán muy reconocidos.

Santander 5 de Noviembre de 1893.

NO SE REPARTEN ESQUELAS

SUPLICA EL COCHE



LA SEÑORITA

# D. MARIA ALONSO SAIZ

HA FALLECIDO

VICTIMA DE LOS SUCCESOS DEL DÍA 3.

R. I. P.

Sus aflijidísimos padres don Miguel A. Ezcurra y dona Manuela Saiz Campo, sus hermanos, tios, primos y demás parientes

Suplican tenga la bondad de rogar á Dios por ella y acompañar su cadáver hoy 5, á las tres de la tarde, desde la casa mortuoria, calle de San José, núm. 1, duplicado, al sitio de costumbre, por lo que recibirán especial favor.

EL DUELO SE RECIBE EN LA CASA MORTUORIA

Santander 5 Noviembre 1893



# DE MELLILLA

POR TELÉGRAFO

Los cajistas de este periódico se asocian al dolor general de Santander, y ruegan á todos sus amigos unían sus oraciones á las suyas en favor de las almas de los fallecidos en la catástrofe del día 3.



# REGALADO SOLAR HOYO

PATRÓN DE LA LANCHA DE VAPOR "JULIETA,"

FALLECIÓ EN LA CATÁSTROFE DEL DÍA TRES DE NOVIEMBRE DE 1893

R. I. P.

Su esposa, hijos, hermanos, hermanos políticos, tios, sobrinos y demás parientes

Suplican á sus amigos encomienden su alma á Dios en sus oraciones.



LA SEÑORA

# D.ª PETRA ORTIZ DE VILLOTA

FALLECIÓ AYER Á LAS TRES DE LA TARDE,

DESPUÉS DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS

R. I. P.

Su desconsolado esposo don Víctor Ortiz Villota, sus hermanos don Eladio, don Cayo y don Inocencio Ortiz y Aiza, hermanos políticos don Valentín Ortiz Villota y doña Concepción Candinas, sobrinos, primos y demás parientes

Ruegan á sus amigos se sirvan encomendarle á Dios y asistir á la conducción del cadáver, que tendrá lugar hoy domingo á las cuatro de la tarde, desde la casa mortuoria Becedo, 9, 2.º, al sitio de costumbre, por cuyo favor quedarán agradecidos.

No se reparten esquelas.

Santander 5 de Noviembre de 1893.